

dose en los pastos jugosos y haciendo danza al indio diligente, hijo bueno de Tlaloc.

Los Tlalocs apuraban al cielo si andaban en hacer nubes. Ellos sabían dónde el suelo se "tomaba" de cal y de gredas, y les mandaba el aguacero que le afloja dejándole bueno de abrir y de sembrar.

Los Tlalocs eran sencillotes y alegres y servían bien su oficio de Tlalocs, casi de aguadores. Se cruzaban con el indio cazador, subiendo o bajando el Ajusco, o llevaban la delantera al trocador o le seguían a lo ladino, sin pasarle nunca adelante, y el indio les conocía y no les conocía a la vez.

Ver al Tlaloc, no ocurría siempre; no se le iba a buscar en tal sitio ni a tal hora ni era cosa de contar con él como con Diego o Juan, a los que se llama y se cita. Mirar el cerro no significaba descubrirlo y tampoco estarse con la vista fija en el lago. El que iba descuidado, echaba la cabeza atrás y de pronto en un montón de nubes, veía la linda risa del Tlaloc; se iba en una balsa, y de una arruga del agua, el Tlaloc guasón levantaba el pecho y caía una lluvia de gotas a la mano. O andando despacito por el propio huerto, en unos matorrales no manoseados, el Tlaloc le silbaba. Daba mucha alegría y traía buena suerte ver al Tlaloc.

Las mujeres tejían algodón o henequén en el valle de México, mirando en lo alto un Tlaloc muy tapado de nubes. Y a los niños que subían por leña del pino-ocote, el Tlaloc entre cortar y el coger, les echaba, a lo zumbón, una miradita verde por las ramas.

Los venados y los tigrillos corrían por el Tlaloc, su padrecito; los faisanes voladores cortaban el Tlaloc-ocotal a cuchillada roja, subiendo y bajando; los castores y los armadillos vivían en los hoyos y en los túneles del Tlaloc, que por fantasía tiene sus grutas donde deja vivir a las bestiecitas que no quieren nada con el Sol.

En la Anáhuac, los Tlalocs eran amigos de las serpientes que al comenzar a llover, salen a averiguar novedades, contentas de respirar aire sin polvo.

Los bien queridos estaban en los templos de Cholula o de Teotihuacán, con sus ojos rodeados de tres rodela serpentina y con su aliento de espiral, saliendo de su boca grande; con su cara negra y nube de agua y su vestido pintado en agua verde-azul y en agua azul-verdosa. Más vivos que allí estaban en la selva, donde todo se mueve por el día o la noche, y en los ríos que bajan sin freno. Los "Conócelo-Todo" hasta entran en las casas de los mexicanos, con las vasijas de agua a ver cómo son las casas del hombre, y el indio por cariño de ellos, los pintaba en la cántara, y al beber se bebía a su Tlaloc de cristal, que se rompe y se queda entero.

Teniendo sus Tlalocs a cada cerro y a cada laguna y río, teniendo además a la mujer "de traje de jade" que espejaba aquí y allá, contando también "Siete Serpientes", su hermana, y a otros muchos dioses bien mentados, fuesen vistos o no vistos, la Tierra de México estaba entonces llena de bultos y de camaradas mágicos.

Ellos seguían a los sembradores del maíz, del maguey y del algodón, cambiando con ellos los regalos, en un toma y daca, que no se acaba nunca; trocaban algunas veces con el camarada hombrecito unos enojos grandes y rápidos, pero siempre se querían de amor piadoso los indios mexitlis con los dioses mexitlis.

(De "La Montaña".—México, 1936).

DUDA Y RESOLUCION EN GORKI

Por LINO NOVAS CALVO

COMPAÑEROS:

El presidente de esta sección me ha invitado a intervenir en esta velada de Gorki, en atención a que el amargo novelista ruso fue por mucho tiempo la fuente casi única de mis lecturas. He leído a Gorki en distintos medios; le he sentido en varios climas; en compañía de hombres errantes como sus propios personajes. Hubo ocasiones en que nosotros, los lectores de Gorki, con toda la enorme distancia geográfica y diferencia temperamental, nos sentíamos héroes—héroes al revés de cuantos antes nos habían presentado los libros—de aquel autor.

Pero difícilmente se ve claro lo que se siente muy hondo. No podría hacer yo un estudio crítico, ni siquiera expositivo, de Gorki. Lo he intentado varias veces. He fracasado. No encontraba nada que decir del autor, salvo lo que él mismo dice en su obra. Y esto que él dice cada vez que lo releo me empaña los ojos del entendimiento, me produce una desazón y una amargura cruel. Me hace revivir horas de miseria, de abandono, de dolor físico y de angustia espiritual agobiantes. Recuerdo a los compañeros de trabajos, abatidos y faltos de rebeldía colectiva en gran parte, hombres domesticados, amadas bestias de carga. Y aparece entonces, como divisoria línea de luz, el momento en que, elevado inconscientemente sobre mí mismo por el ácido de las lecturas de Gorki, escribí un poema, el primero, titulado *El Camarada*, en el que regañaba con un compañero de cuarto por su pasiva actitud frente a la vida, por su incapacidad para sacudir la costra que nos envolvía y ahogaba a los dos.

Gorki fue, en esencia, quien escribió aquel poema. No había leído yo una página de literatura político-revolucionaria. Gorki mismo no hacía explícitamente política: en esto, a mi ver, residía su fuerza. Los trabajadores hubiéramos leído tal vez con desconfianza, y con desgano, cualquier obra con tono de arenga. Acostumbrados a descubrir mentiras en todas las oraciones, carecíamos de capacidad para elevarnos a generalidades o a ideas abstractas. Veteranos de cien tropiezos, cosida el alma de cicatrices, no teníamos más que sentir, el Tlaloc retozaba allí las horas, revolcán-

miento: Gorki supo tocar ese sentimiento del caído, del vagabundo y hacer de él una fuerza social. He aquí por qué su obra de creación rebasa, implícitamente, el terreno literario para entrar, si así puede decirse, en el del apostolado.

La primer emoción de los cuentos de Gorki, en el hombre del pueblo que ha sufrido, es un encañamiento de viejas heridas. Siente primero que en aquellos relatos hay una terrible verdad, que uno la ha vivido, aun cuando los personajes vivan a enormes distancias de nosotros, y en vez de un persistente sol tropical los envuelve el frío intenso de las estepas abiertas. No pocos escritores se han burlado de nosotros, los lectores de Gorki, sobre la premisa de que sus personajes y su ambiente son tan remotos, tan ajenos a nosotros, que, faltos de una experiencia común con ellos, no es posible establecer una comunicación de simpatía íntima común. Esto ocurriría si Gorki fuera un narrador meramente naturalista de la vida de los desgraciados rusos que fueron sus compañeros. Si así fuera no le hubiéramos leído. No gusta uno de ver retratados fríamente los defectos de que, inconsciente o conscientemente, sabe que no es culpable. El reportero puro es un ser poco querido de sus personajes. El realismo de Gorki parece, en efecto, sólo eso, cuando no se ha sumergido uno en el cerebro y el corazón del autor. Uno siente la sacudida, presencia dramas de una crueldad torturante, vive con hombres y mujeres degenerados, desciende a las últimas capas de una sociedad embrutecida y, sobre el peso de las miserias que tiene que soportar a diario, cae aquel otro peso del dolor, más real que si fuera cierto, sufrido por seres que viven al otro lado del mundo. Pero entonces el alma toca fondo, llega a un estrato en que no puede descender más, y entonces ve y siente que el autor no ha escrito sus novelas por un sadístico placer de torturarlos, ni por un malévolo deseo de exponer las dolencias de sus héroes, ni por un refinado goce literario de despertar en el lector una emoción extraña y poderosa, diferente a cuantas le hayan podido producir otras lecturas.

Aquí reside, a mi ver, la enorme fuerza humana de Gorki. En el fondo de aquellos personajes embrutecidos hay una gran dulzura, una transcendental predisposición al amor universal, una resignada comprensión de los vicios y las debilidades de los demás. Los personajes de Gorki, con toda su brutal posición frente a la vida, son seres complejos, en los cuales se cruzan lo demoníaco y lo angelical. Dicen que así es el alma rusa, y que el novelista no hizo más que pintarla. No lo creo. No creo que exista un alma rusa, como no existe un alma española. El hombre es la suma de sus experiencias, y éstas varían con las condiciones sociales. Ni creo tampoco que los compañeros de Gorki fueran como él nos cuenta. Un personaje literario se compone de elementos a veces extraños unos a otros. El autor lo ha ido concibiendo en sí, formándolo de materiales muy varios, y nos lo presenta modelado conforme a sus ideas y sentimientos. Elevada así la realidad a la idea, se hace universal, se nos hace familiar a todos. Por eso puedo decir que yo he convivido con personajes de Gorki, no sólo en Europa, sino en regiones más

remotas. Aquellos personajes serían, exteriormente, toda una antítesis de los caídos y vagabundos del ruso; pero Gorki animó a sus gentes con sentimientos y aspiraciones—la eterna aspiración hacia el bien—que todos hemos sentido en las mismas circunstancias, en momentos similares.

Esta elevación, sobre la propia materia anecdótica, este construir sobre el bien posible, sobre el mañana presentado por el artista, es lo que hace del realismo gorkiano un género enteramente original. Todo el que expulsado de un medio social comienza a rodar por las miserias del mundo va adquiriendo, por el procedimiento de la bola de nieve, una psicología especial, muy distinta de la del obrero que reside habitualmente en un solo sitio, en relación con su familia y con sus compañeros de sindicato. El vagabundo aprende, por un lado, a depender del azar; por otro, a no depender sino de sí mismo. Ni afectos, ni amigos duraderos, ni personas afines con quién compartir emociones. Se hace solitario, huraño, escéptico: todo cuanto ve lo compara con lo que le ha ocurrido a él y a otros compañeros, y llega a conclusiones verdaderamente desastrosas. No cree en nada. No espera salvación alguna para su clase. Es generalmente un filósofo de que “el pez grande se come al chico”; y de que el que ha nacido chico no tiene otro fin que el de ser comido. Aprende a valérselas como puede; sacando todo el partido posible de su desgracia, violando todas las leyes que puede, y cayendo no pocas veces en sus telarañas. Se habitúa a vivir para sí, a decir “después de mí el diluvio”. Egoísta, reconcentrado, herido, amargado, resentido, apaleado, el trabajador errante era—y es aún en muchas partes—un hombre sin fe y sin conciencia de clase.

Yo no tengo duda de que Gorki fue, igualmente, en los primeros tiempos, un hombre de este tipo. Pero su enorme fervor humano, su poderosa mentalidad constructiva, debieron impelerle a remontar las realidades de su vida personal. La misma imperiosidad del oficio de escribir tuvo que demostrarle la necesidad de elevarse sobre la anécdota. Si la vida que hemos vivido y sufrido es sórdida y cruel, nuestras fuerzas deben encaminarse a la liberación. Aplastados por el enfado, la monotonía del sufrimiento, los personajes de Gorki buscan liberarse de sí mismos por varios modos: mucho de lo que hacen lo hacen por un poderoso afán de libertarse. No conocen, exactamente la meta; y aunque la conocieran, difícilmente creerían en ella; pero el impulso es siempre el mismo. Sumisos a las conveniencias del momento, sueñan constantemente con la libertad, con la felicidad. Es un sueño que los grandes dirigentes políticos estaban construyendo con claridad y firmeza.

Parece que Gorki escribiera por el placer de hacerlo, sin tener en cuenta la labor inmediata de la acción política. Mas al escribir, inconforme con la seca y desnuda realidad, por pura intuición artística, tenía que elevarse sobre ella e infundir a sus personajes una segunda vida, la vida de lo que no era pero que—si hubiera sido—aquellas brutalidades en que se movían no existirían. Al salirse así del mero reportaje, el autor se hace dirigente de emociones más altas y, sin decirlo, conduce

el impulso espiritual de sus lectores hacia una meta que los Lenin tuvieron la clara misión de señalar con certeza.

Este fue acaso el primer elemento que se enfrentó con la duda que necesariamente debió de corroer la mente del autor. La emoción se enfrentó acaso (así nos ha ocurrido a muchos) primero que la razón, con la duda. Por intuición artística, porque no se puede ser gran artista sin dejar de ser mero fotógrafo, Gorki buscó otro mundo más allá de las simples miserias de sus personajes. Y ese más allá, como hombre cargado de experiencias vitales, como realista por temperamento y por necesidad, no podía buscarlo en sueños fantásticos: sus gentes tenían que soñar con una cosa factible, aun cuando no la esperaran para sí mismos.

Acaso haya venido entonces la segunda fase. Tengo entendido que a Gorki, el vagabundo, el pequeño burgués convertido en lumpen-proletario, le costó algún trabajo conformar sus emociones a las netas consignas del partido a que, en el fondo, había servido y en el cual tenían que desembocar sus postulados, sus simples exposiciones de los dolores populares. Acostumbrado a refugiarse siempre en un mundo de aspiraciones puestas en rudo contraste con las realidades en que se movió (y he aquí una de las extrañas grandezas de sus personajes) el realista enemigo de la realidad opresora debió de encogerse también, de primera intención ante la realidad liberadora.

Pero esta última realidad la dirigen hombres de vastas perspectivas humanas y sociales. Gorki, a pesar de su sistemática rebeldía de vagabundo, no podía ser para ellos sino uno de los más poderosos elementos que tenían a la anulación de un mundo y a la creación de otro. Por eso todo se lo tenían que perdonar, sabiendo que a la larga caería en la cuenta de que su propia obra tenía que empujarle hacia el ancho camino del nuevo régimen abierto por todos los inconformes y los oprimidos.

Y Gorki respondió. Todos sabemos lo que significaba, en Rusia a la hora de su muerte. Yo, que al lado de sus cuentos colocaba siempre los de Panait Istrati, tuve que escribir a la muerte del rumano una nota sentimental, personalista, como la que se escribe de un amigo que se ha amado mucho, pero que no se puede disculpar en algún sentido. Lo que en Panait Istrati no tiene disculpa, y lo que le condujo a morir en brazos de unos monjes, fue su incapacidad para creer definitivamente en algo práctico y humano dentro de la perfección a que nuestros sistemas pueden llegar. Era demasiado romántico, no lo necesariamente bueno tal vez, para superar la tiranía de sus experiencias. Gorki, por lo contrario, tuvo el valor (y nadie sabe cuanto valor es necesario en casos semejantes) para enfrentarse con la duda. Si nuestro Baroja tuviera ese valor, en la nueva sociedad que los combatientes populares están fraguando con los martillos de sus puños y con el sacrificio de sus vidas, habría también gigantes aviones y poderosas fábricas colectivizadas que llevaran su nombre.

Lector constante de Gorki, hombre que ha pasado más trabajos de lo que puede relatar, acaso más cercano, temperamentalmente, del aventurero

sin fortuna que del militante social, admiro hoy más que nunca al escritor que, a fuerza de sacrificios, llegó a sacrificar hasta sus emociones más inveteradas para ponerse, al fin, al servicio de un movimiento que ha venido, no sólo a anular a todos sus personajes, sino las fuerzas en descomposición de que eran producto. El Gorki de los abatidos no es ya posible, afortunadamente, en Rusia; pero aquel Gorki supo y pudo evolucionar, lógicamente, para llegar por fin a poner su talento y su prestigio al servicio del grandioso experimento que hoy nos sirve de norma y ejemplo y que hemos de lograr en España cueste lo que cueste.

En todo el que ha sentido en sí el impulso irresistible, o la necesidad social, de desprenderse de toda clase de vivir del robo o del trabajo errante, de dormir a la luz de las estrellas o a la sombra de los vallados, la fantasía predomina forzosa-mente sobre la voluntad. O bien esta voluntad es una fuerza negativa, un impulso de esquivar más bien que de acometer. Dicen que en Rusia, en aquella Rusia, estos caracteres se daban con más profundidad que en ningún otro país. Si a la larga; con esta doble gravitación sobre su alma, ha sabido sobreponerse Gorki y, con una decisión resuelta, incorporarse a la impetuosa corriente de transformación que ha de barrer, que está barriendo ya y de una vez, de la tierra a los principios de esclavitud bajo que pululaban sus personajes, ello le hace doblemente grande, como artista, como hombre de conciencia sana, como intelectual consecuente y fiel a la causa de los oprimidos, las gentes de su clase. Sus vacilaciones vencidas no han sido más que alientos moribundos, imprescindibles oleajes del gran mar emocional de un alma saturada, sobrecargada de experiencia, que en vano se ha esforzado en hallar, por mucho tiempo, en ellas la solución cierta y universal.

Pero esta resolución estaba ya implícita en su obra eterna. Rechazando el arte puramente descriptivo, había tratado Gorki de explicar en todo momento la razón y esencia de los fenómenos que le mostraban su insaciable curiosidad. Su arte es, en gran parte, la lucha de un alma entenebrecida por salir de las sombras. Todo lo contrario de un Dostoyewsky (cuyas "Pobres Gentes", dice uno de los personajes de Gorki, son fantasmas más que personas reales); busca siempre la emoción en la claridad meridiana que, de tan candente, sobrecoge y ofusca. No podía cegarse el hombre acostumbrado a tanta luz vital ante el vibrante espectáculo de la nueva sociedad rusa, ni juzgar de su conjunto (como hizo Istrati) por simples detalles anecdóticos. Su actitud es un magnífico ejemplo para cuantos por razones de nuestro género de vida, hayamos podido sufrir el cáncer de la duda, la droga enervante del escepticismo. Nos bastaría tener fe en él, creer en la bondad de su resolución final para que, llegado el momento de las decisiones, tomáramos el mismo camino.

A medida que Gorki avanza en su obra se acentúa más en él la voluntad de tomar partido. No importa de qué se trate, toma siempre partido. Se separa más y más de sus personajes; los desplazados, los fracasados no pueden ser para él sino modelos negativos, demostraciones palpables de los vicios de una sociedad, de la maldad de una clase,

de la monstruosidad de un régimen. Animado de una profunda simpatía humana, de un deseo de hacer feliz a la humanidad, desengañado de la imposibilidad de conseguir esta felicidad por medios persuasivos o evangélicos, termina por creer en la necesidad de forzarlos. Sus personajes no serán jamás capaces de buscar su bienestar por las buenas, siglos de falsas predicaciones les han inutilizado para la lucha por su propia liberación: preciso es, pues, forzarles, imponerles por la fuerza—que luego es la fuerza de una voluntad popular mayoritaria—la felicidad a que aspiran, pero que son incapaces de procurar por sí mismos.

Tal resolución, nadie sabe cuán difícil es para un vagabundo. Hay que aceptar una responsabilidad, cuando todo nuestro pasado ha sido de irresponsabilidad, hay que sostener con tesón una posición combatiente, cuando a lo largo de los años hemos aprendido a buscar la liberación por el abandono del "deber"; hay que seguir una línea recta y única, cuando todas nuestras andanzas están llenas de curvas, fugas y sinuosidades torturadas: quien como Gorki a logrado vencer estas gravitaciones del pasado es, por sólo eso, un ser extraordinario. Y Gorki ha sabido ser, por último, constante en la afirmación como antes lo había sido en la negación.

Por la negación, por la humillación de sus héroes, ha llegado este escritor a su liberación. Hubo momentos en que llegó a dudar de su propia labor. En uno de sus cuentos refiere cómo sus personajes le asaltan de noche y le acusan de deleitarse en sus miserias, añadiendo torturas imaginarias a las muchas que ya por el simple hecho de vivir estamos condenados a padecer. Gorki rompe lo que había escrito aquella noche, y se pregunta si el hambre, el frío, las violencias de todo orden de que ha hecho víctimas a sus gentes, no resultarán inútiles o perniciosas. Más tarde debió de convencerse de lo contrario: el alma y los sufrimientos de sus descamisados, expuestos con toda la crudeza y el vigor de que es capaz un gran escritor, vinieron a ser fuerzas inductoras de rebeldía en todo el mundo. Viendo aquella sociedad, volvíamos los ojos a la nuestra y le hallábamos muchas semejanzas; lo que había sido un sobrellevar cotidiano de miseria, resultaba novedad candente que obligaba a pensar: el novelista ruso venía a descubrirnos a nosotros mismos a cientos de leguas de distancia.

Al Gorki meramente novelista, sin tendencia aparente, sucede el Gorki publicista y político. Su inquietud le impulsa a experimentarlo todo. Saturado de violentas emociones vitales, busca siempre nuevos campos de exploración. Pero desemboca siempre en el mismo terreno: el trabajador, el oprimido, el paria, el explotado, el prisionero, el abatido, son su preocupación constante. Puede ser el publicista que expone abiertamente la necesidad de crear una nueva sociedad o el novelista que, por la fuerza misma de su arte y por la exposición de sus personajes, implica esa misma necesidad. Jamás escribe por escribir, por entretener al lector desinteresado o por halagar al lector morboso: detrás de cada página se descubre una intención social: el rebelde, el inconforme, el combatiente están siempre en sus voces. Hasta sus

propios personajes se nos figuran, más de una vez, meras imágenes para hacer llegar al pueblo una verdad palpitante, la verdad insoportable de una clase de hombres rebajados frente a sus semejantes a la categoría de bestias.

No sabría yo explicar por qué magia del arte ha logrado este escritor que sus narraciones sean a la vez que un documentó humano tan violento y descarnado, piezas poéticas que han leído—y leen aún—con gusto hasta muchas niñas mimadas y todos los intelectuales del mundo. Y—lo que era más difícil—que le lean sus personajes, los descamisados y miserables. En España le han leído hasta los gitanos. Por los lugares que yo he andado, en Europa y en América, le leíamos los trabajadores y los vagos, los hijos y los emigrantes, con una afición que pudiera parecer morbosa, si no fuera porque al cabo de cada lectura nos sentíamos más distintos de sus héroes. Y no era que nos separáramos de ellos por repugnancia: era que las ideas del autor, comprendidas en la narración, expuestas a veces por él y otras por algún personaje, y desarrolladas con la ardiente lógica del drama, habían tenido por lo menos la virtud de insuflarnos una rebeldía y una conciencia colectiva de que carecían sus vagabundos.

Y así se han ido animando los caídos, así se han unido los pobres, así se han levantado los sumisos. La obra de Gorki ha tenido una enorme influencia en la rebelión de la conciencia proletaria. A su imitación brotaron por todas partes narradores de miserias y violencias, de truculencias y dolores, de crueldades y amarguras; a la mayoría les faltó lo que ha sido la verdadera esencia de toda su obra: la intención política y social; su propósito de mover removiendo los fondos emocionales, el hombre a la rebeldía.

(De "Repertorio Americano." San José, Costa Rica, 1936).

NOTAS

En "La Prensa", de San Antonio, Texas, se tuvo a bien, recientemente, reproducir el "Diálogo con Julián Carrillo"—de Rafael Heliodoro Valle—publicado en el número de octubre, de la Revista UNIVERSIDAD. No se consideró necesario hacer alusión alguna a nuestra Revista. Estimamos nosotros—más bien—que la omisión se debió a un simple descuido, pues bien sabido es que la probidad periodística exige no callar el origen de las inserciones.

Tenemos que agradecer al "Correo de la Oficina de la Cooperación Intelectual de la Unión Panamericana", de Washington, D. C., E. U. de A., los elogiosos conceptos que, refiriéndose a la Revista "Universidad", ha expresado ese importante boletín en uno de sus últimos números.